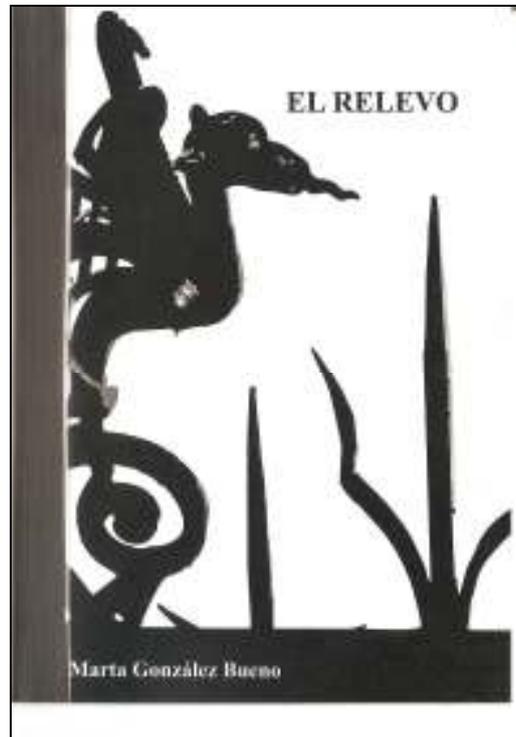


EL RELEVO

Autor: Marta González Bueno

PRIMER PREMIO RELATOS LIBRES 2010



Se acercaba el momento de dejar las aulas para siempre y sentía el mismo vaivén en el estómago que cuando pasaba el gran portalón del internado allá en un lejano pasado, siendo todavía una niña.

En algunos momentos, predominaba en ella el deseo de abandonar para siempre a esos "rnonstruitos", como llamaba a veces cariñosamente a sus alumnos. Pero deseaba también con todas sus fuerzas que no llegara el momento de hacerlo.

La contradicción más absoluta anidaba en su corazón; no era sólo el querer o no querer. Era que estaba triste y contenta. Se sentía valorada, respetada, admirada, recordada... pero se sentía también ignorada, relegada.

Durante todos los años que había ejercido su profesión de maestra (¡toda una vida!), había asistido a muchos cursillos: sobre didáctica de diferentes materias, de integración, de logopedia, de tutoría... cursillos que cada día, decía, tenían un nombre más rimbombante y pretencioso. El

balance que hacia de la mayoría de ellos era medio bajo. Muy pocos ponentes habían aportado un conocimiento real en las aulas; los teóricos que los impartían se limitaban más bien a exponer unos principios que con demasiada frecuencia era imposible poner en práctica por falta de medios. A menudo, daba la sensación de que iban allí a aprender, ya que recogían las ideas que en las sesiones de "dinámica de grupos", aportaban los veteranos profesores. Pero, en su caminar, ella había seleccionado y experimentado todo aquello que consideraba más eficaz para la formación de sus alumnos.

El centro en el que trabajaba había pasado por momentos de crisis, pero, disimulando faltas y carencias, ella había incrementado su rendimiento más allá de sus fuerzas, sus malestares y sus problemas personales; multiplicando sus funciones, aportando su actitud, siempre positiva. Supo crear un clima de buena convivencia entre todos los trabajadores. Y todo ello con una alegría que era objeto de admiración por parte de sus compañeros; no tenía un mal momento, parecía invulnerable.

Nunca se había preocupado de conocer sus derechos, ya que su entrega al Centro era total; prácticamente no había estado de baja nunca, y los problemas familiares los solucionaba en menos tiempo del previsto por la administración.

Conoció varias reformas educativas, con las que no se entusiasmaba, pero que no rechazaba en su totalidad. Comprobó como cambiaban de nombre algunas tareas de siempre y sufrió la burocratización de la labor educativa que exigía a los profesores emplear parte de su tiempo en rellenar papeles que no incidían en la mejora de la enseñanza, fin para ella primordial.

Y había notado que, de un tiempo a esta parte, se consultaba menos su opinión, tanto sobre problemas cotidianos como sobre actividades extraordinarias, y eso le dolía en lo más profundo. Más aún porque no podía compartir con nadie su dolor, ¿qué iban a pensar de ella? Intentaba mostrarse alegre, como siempre.

En los últimos años, se estaban incorporando muchos profesores al Centro. Gente joven, naturalmente (que constituían una buena inversión, no se va a contratar a cuarentones), Llegaban cargados de ilusiones y buena voluntad, algunos; otros llegaban "rebotados" ante la imposibilidad de encontrar trabajos más acordes con sus expectativas. En todos los casos, su formación académica superaba ampliamente a la suya. Ella lo sabía y, cuando pensaba en ello, sentía una punzada más, que ocultaba tras su perpetua sonrisa, Veía como algunas de las tareas que ella había cumplido durante tantos años, sin calificativos ni denominaciones específicas, eran

progresivamente encomendadas a esos jóvenes, a su parecer "inexpertos y pretenciosos", que se habían aprendido la terminología ministerial y que eran capaces de elaborar discursos llenos de palabras difíciles de pronunciar y casi tan vacíos como los de algunos políticos y técnicos del ministerio.

Observaba, con cierto pesar y bastante sarcasmo, que los recién llegados conocían también las técnicas del camelo y lo ejercían con probada maestría, consiguiendo que en muy poco tiempo, los responsables confiaran plenamente en ellos y les consideraran las mejores adquisiciones.

Pero cuando se metía en la clase, en sus dominios, olvidaba todas esas minucias. Sus alumnos, ("mis niños", decía), se sentían a gusto con ella; lo sabía, y eso bastaba. Reía sus ocurrencias, modificaba sus posturas, enmendaba sus faltas, consolaba sus sinsabores, impulsaba su curiosidad, entrenaba sus capacidades. Sabía, mucho antes de que se inventara el término enseñanza individualizada, que cada niño necesita una entonación, un volumen, un gesto... Sabía el talante con el que llegaban al colegio, lo que dejaban detrás, en sus casas.

Los niños adoraban a su "seño", Estaban en esa edad mágica en que la palabra de la profesora es ley. Cuando hacían dibujos, su profesora era siempre la grande, la más importante, la más guapa.

Los alumnos habían cambiado mucho desde que ella comenzó su labor docente, eran más traviesos y más problemáticos, pero la situación en la clase había cambiado poco. Ella y sus alumnos formaban una piña, se entendían bien y estaban muy a gusto.

Cuando alguno de ellos lograba un éxito, interno o externo, lo vivía, como propio, se enorgullecía de ello, porque sabía que parte del triunfo conseguido era suyo, de ella, aunque casi todos se olvidaran de hacer explícita esa circunstancia. Cuando alguno progresaba con lentitud, se armaba de paciencia y sabía sacar lo mejor de él o de ella, ensalzando las cualidades y valores que le habían de hacer una buena persona, aunque no fuera muy buen estudiante.

Por eso, a menudo, recibía la visita de muchos de antiguos alumnos, y cuando coincidían con ella, en la pequeña ciudad en que se encontraba el Centro saludaban efusivos a su antigua "profe" y le hacían partícipe de los pormenores de su vida adulta. Esto le llenaba de gozo, y todo lo ponía en conocimiento de los compañeros, como se cuentan los éxitos de los hijos propios.

Era capaz de desgranar un rosario de anécdotas acumuladas a lo largo de sus años de docencia, todas con su nombre, todas con una gran dosis de

cariño. Sabía que el humor es importante en el trato con los niños, y que la mano de acero con guante de terciopelo sigue siendo eficaz; sabía que se cumplen los objetivos por diferentes caminos... ¡sabía tantas cosas!

Por eso no podía evitar sentirse dolida cuando los nuevos compañeros ignoraban sus opiniones y trataban de imponer novedades sin tener para nada en cuenta su experiencia; no entendía por qué, la sabiduría que ella había acumulado en tantos años tenía que quedar en el olvido. Pero es que no había publicado artículos, no había recogido sus experimentos y sus experiencias en escritos, no había evaluado los resultados, ni había elaborado estadísticas con porcentajes de éxitos y fracasos. Y sin embargo era sabia. Poseía la sabiduría de la bondad y el cumplimiento del deber, más allá de las horas lectivas y de las horas complementarias. En el aula, a sus alumnos, les daba todo.

Los profesores recién llegados, por su parte, miraban a su alrededor y veían a maestros anquilosados en viejas prácticas pedagógicas. Les escuchaban lamentarse recelosos ante la diversidad de alumnado que estaba acogiendo el centro, ante el cambio que se había experimentado en la actitud de padres y alumnos, cada vez más problemáticos y más exigentes.

Percibían el velado desprecio que sentían por los cambios impuestos desde las instituciones y se sorprendían, a veces se escandalizaban, incapaces de entenderlas, ante las bromas que hacían a propósito de las nuevas terminologías y de los discursos "magistrales" que impartían los eruditos que nunca habían pisado las aulas. Se involucraban en todas las tareas del centro. Se preocupaban por conocer a todos, alumnos y profesores, y aportaban lo que podían, demostrando que tenían capacidad para trabajar.

Utilizaban las nuevas tecnologías con soltura, y con una frecuencia que a ella, como a sus compañeros de siempre ("la vieja guardia") le resultaba irritante. Incluso consiguieron que algunos aparatos que habían dormido durante años, sin que casi nadie supiera que existían, resultaran familiares a todos los miembros de la comunidad educativa.

Ella observaba entre escéptica e irónica como los nuevos profesores participaban en cuantos cursillos de perfeccionamiento se les ofrecía, que tomaban nota de las nuevas tendencias en materia de metodología y evaluación y que se entusiasmaban con los cambios y sugerencias llegados del Ministerio, y se mostraban dispuestos a trabajar intensamente en ellos.

Imperceptiblemente se iban haciendo más presentes en el centro. Ella se sorprendía de que presentaran sus propuestas bien estructuradas, por

escrito y duplicado, de que evaluaran sistemáticamente los resultados de sus experimentos, consultas y propuestas, y de que presentaran datos bien elaborados que era posible enviar a las autoridades académicas sin más tratamiento.

Sentía un cierto desprecio cuando comprobaba como conocían sus derechos; manejaban el convenio laboral, y sabían lo que podían pedir, tanto en asuntos de permisos y horarios como de recursos. Querían saber todo lo concerniente a documentación oficial, las funciones de cada miembro e institución de la comunidad educativa. Ella, acostumbrada como estaba a darlo todo, se asombraba al escuchar como aquellos jóvenes exponían sus opiniones y deseos con una seguridad que resultaba impropia de sus pocos años.

Y llegó el momento de la jubilación, Sus compañeros prepararon una gran fiesta. Cantaron coplas y romances de letras sencillas que evocaban las vivencias de muchos años. Pronosticaban para ella un largo y tranquilo período sin horarios, sin disgustos, sin pesares. Con amigos, con viajes, con tranquilidad.

Y se sintió querida. Imperceptiblemente se sintió imbuida de un sentimiento de paz que provenía de la certeza de haber culminado una etapa de su vida en la que lo de menos había sido su sueldo, más bien escaso, y su valoración social, también escasa. Lo que de verdad había tenido importancia era que había cumplido su vocación, se había dedicado a los niños en cuerpo y alma.

Ante ella pasaron una ráfaga de imágenes de sus primeros años en la enseñanza, cuando llena de ilusión, intentaba modificar los comportamientos de aquellas antiguas profesoras encorsetadas en las formas, que parecían cuidar más que el fondo. Y comprendió. A los nuevos compañeros les quedaba mucho camino por recorrer, mientras que ella estaba terminando. Lo que estaba ocurriendo era simplemente que el ciclo de la vida continuaba, y que el relevo se producía inevitablemente, afortunadamente.